

MANACHEA



DE FRUTOS LITERARIOS.

Semanario de Palma.

JUEVES 16 DE MAYO DE 1844.

Necrología.

El Escmo. Sr. D. Mariano de Carnerero, del consejo de S. M. y su secretario con ejercicio de decretos, caballero de la orden constantiniana de Nápoles, gran cruz de Isabel la Católica, vocal de la junta consultiva de Estado, ha fallecido en esta corte el día 21 de febrero pasado, antes de cumplir 56 años, de resultas de una enfermedad larga y penosa, dejando en el desconsuelo á sus amigos y familia, y dejando un vacío difícil de llenar en las letras, que tanto honró. La amistad le debe un tributo, y lo paga hoy á su memoria.

El Sr. D. Mariano de Carnerero nació en Madrid de una familia bastante acomodada, y con la buena fortuna de tener una madre capaz por sus talentos, por su profunda instruccion y por su sano juicio, de acometer y llevar á cabo la primera educacion de sus hijos, sin necesidad de ningun maestro. Sin embargo, concluida que fué su educacion primaria, al lado de un respetable y virtuoso sacerdote, que le dirigia y acompañaba, comenzó sus estudios mayores en el imperial colegio de San Isidro de esta corte, haciéndose notar entre todos sus compañeros por una prodigiosa memoria, que conservó hasta sus últimos días, por su pronta comprension, y por la facilidad de expresar sus ideas, así por escrito como de palabra. Decia á su madre uno de

sus preceptores: «Es tanta su inteligencia, que espero será algún día el *Condillac* de nuestra época: no ve las cosas como los demás hombres, sino que las abraza en todas las relaciones que tienen, trae estas á un centro común y las generaliza aun sin saberlo él mismo; así es, que discurre y razona con admirable fuerza de lógica.»

Apénas frisaba en los 23 años de edad, cuando por aquellas prendas tan singulares en jóvenes como él, acompañadas de un buen juicio, y de una prudente reserva, llamó la atención de los españoles mas eminentes, por su saber y sus años, que dirigian entónces los negocios del Estado, entre ellos principalmente el ex-ministro de Hacienda D. Francisco Saavedra, y el inmortal D. Melchor de Jovellanos. Confiároule una delicada misión para Palermo que desempeñó dignamente en corto tiempo, aunque por desgracia sin grandes resultados, por la lucha de las opiniones y de los partidos que comenzaron á dividir los ánimos en la isla gaditana, á donde se habia refugiado nuestro gobierno acosado por los triunfos de los ejércitos imperiales.

Fué despues honrado con otra importante misión que debia desempeñar en la corte de San Petersburgo. No tejo su biografía, para la cual pudiera tener á la vista sus apuntes autógrafos, sino un artículo puramente necrológico; y por lo mismo me abstengo de revelar el objeto de aquellas dos misiones, las dificultades que encontró, y la prudencia con que supo vencerlas. Pero lo dirá por mí uno de los mas grandes políticos que ha conocido la Europa á principios de este siglo, y que mas influencia tuvo en los negocios públicos. «He meditado, le dice en una comunicación amistosa, el escrito de V., y me congratulo de que su gobierno haya tenido tanto acierto en la elección de un negociador tan hábil y experimentado, no obstante sus pocos años. Deseaba ardientemente como ya se lo tengo manifestado de palabra, terminar el asunto de..... á gusto de las dos potencias, y con recíproco beneficio; pero á ello se oponia la gran dificultad de entenderse bien, ya por la larga distancia á que estamos del teatro de las innovaciones, ya por las abultadas relaciones de nuestros agentes diplomáticos, y ya por los intereses materiales y positivos de alguna que otra potencia europea empeñada en coger ella sola el fruto de la sangrienta lucha que provoca; pero V. ha sabido allanar esta dificultad con solo presentar los hechos desnudos y deducir de ellos las verdaderas intenciones y la política de su gobierno. Ya podemos entendernos, y aseguro á V. que nos entenderemos.»

Algunos años despues fué nombrado primer secretario de la embajada de Viena, donde adquirió nuevos títulos á la estimación que hizo de él aquel gobierno, y á la gratitud del nuestro. Aquí me seria necesario detenerme mucho para poder ponderar sus distinguidos servicios, si mi objeto fuese hacer de él una apología. Seria preciso describir las delicadas circunstancias en que fué á aquella corte tan influyente entónces en todos los negocios públicos de Europa, las delicadas cuestiones políticas que tuvieron que ventilarse, las relaciones internacionales rotas ó prontas á romperse, que pedian un pronto y eficaz impulso, y las pretensiones imprudentes de algunos gabinetes que no podian estar en armonía con los intereses mas vitales de la corte de Viena; pero las notas redactadas por la escelente pluma del Sr. de Carnerero, y con aquel pulso y aplomo que tan familiar le era, que existen en los archivos de la secretaría de Estado, llenarán este vacío, que yo no puedo ni debo llenar, bastándome decir, que ellas afianzaron la opinión que ya el gobierno tenia formada de un político tan consumado, así como le habian dado una reputación verdaderamente europea.

Nombrado después primer secretario de la embajada de París cuando pasó á servir la el conde de Fernán Nuñez no hizo mas que pasar de un teatro, en donde se habia cubierto de gloria, á otro en donde le aguardaba una gloria nueva. El solo fué el alma de aquella embajada, que tan fecunda fué de resultados felices, habiendo estrechado los lazos que nos habian unido y que deben siempre unirnos con una nacion tan ilustrada, tan opulenta y poderosa.

Todo cambió entónces de aspecto, y el gobierno español necesitaba de otros hombres mas dóciles y flexibles que el Sr. de Carnerero para ser representado en las córtes europeas. Retiróse á la vida privada, y allí aguardó el desenlace de los grandes intereses que agitaban la Europa y de los acontecimientos que preparaba en la Península la lucha de los partidos que nunca perdieron la esperanza de vencer algún dia.

Venció en efecto la causa de la libertad, la cual se nos presentó como la aurora de días mas pacíficos y felices, como el remedio del despotismo, á cuya sombra solo habían medrado algunos pocos esclavos del poder supremo é imprudentes tiranos del mísero y abatido pueblo.

Tal fué la idea de libertad que concibió aquel gran político, muy ageno entónces de que á nombre de esta misma libertad habrían de prosperar mas adelante unos tiranos mas sangrientos y feroces que aquellos, y unos esclavos mucho mas viles del pueblo que esquilaban y reducian á la desesperacion, al mismo tiempo que le halagaban proclamando su omnipotencia.

En la vida privada le encontró la muerte del Señor Rey Fernando VII, y entónces regresó á su patria pobre y miserable el que tan señalados servicios le habia hecho tanto fuera como dentro de ella, asi en las embajadas como en la secretaría de Estado, donde desempeñó con aplauso general una plaza de oficial de ella.

Creado el consejo real mereció que se le remunerase con la importante plaza de secretario de la seccion de Estado, pero de la cual hizo muy pronto dimision por motivos de delicadeza. Pudiera revelar los ahora, porque ningun resultado tendria esta revelacion; pero habiéndome los confiado bajo la palabra del secreto, nunca me será lícito quebrantarla. Diré, sin embargo, lo bastante, trayendo á la memoria lo que con esta ocasion me dijo de un modo general: «He dejado de ser secretario de la seccion de Estado, porque no me es posible contribuir, ni con deferencias, ni con un criminal silencio al triunfo de ciertas opiniones, que no son en la mia favorables al pais, y que pudieran por el contrario atraer sobre él males de muy grave trascendencia.

«Cuando no se puede hacer el bien, el honor exige que no se haga el mal por mucho que costarnos pueda.»

Entónces fué cuando apareció en la *Revista Española*, después en el primitivo *Patriota*, y últimamente en el *Amigo del Pueblo*, la persuasiva y elegante pluma del Sr. de Carnerero. La moderacion con que están escritos sus artículos en estos tres periódicos, descubre la dulzura de su carácter bondadoso y apacible hasta su última hora, y el poco imperio que sobre él tenían las pasiones destempladas y rencorosas. Ni aun en las polémicas mas empeñadas con sus adversarios políticos se escedió nunca, no digo para batallar en el terreno de las personalidades, pero ni aun en una sola palabra descomedida. Cuando espresaba sus ideas, aun aquellas de que mas convencida estaba su mente, ni una vez sola lo hizo en tono dogmático y decisivo, sino como quien duda de lo que dice, y como quien desconfía de sí mismo.

Entusiasta de la libertad que él había concebido para la ventura de su patria, tan lejos se le encontró siempre de aquella libertad que degenera en anarquía, como de aquella otra que tímida y cobarde siempre no se atreve á estirpar los abusos que desmoralizan y arruinan al pueblo, y á arrostrar aquellas saludables reformas que el bien público reclama, aunque para ellas exigiesen preparaciones y tiempo oportuno; así fué, que cuando estalló la rebelion de la Granja tronó fuertemente contra los demagogos, como tronó tambien cuando la escena de Aravaca derribó un ministerio; porque en su modo de ver, los extremos se tocan y son igualmente funestos, cuando no es la ley sino la fuerza la que trastorna los Estados.

Despues de haber abandonado por estas consideraciones la ingrata y peligrosa carrera periodística, fué nombrado por el gobierno enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de S. M. cerca de la confederacion Helvética, y allí le encontró el funestísimo dia 1º de setiembre de 1840. Lejos de su patria, sin medios de saber el cómo se habia fraguado y llevado á término aquella espantosa rebelion, que dió el poder á un soldado ingrato y desleal, y castigó con el ostracismo á una escelsa Reina que habia regenerado el pais, y dádole la libertad, no puede culpársele de haber servido á un gobierno de hecho, que ofrecia legitimar con una conducta franca y generosa, los iníquos actos que le crearan.

Cuando regresó á esta corte con licencia que obtuvo para recobrar su ya decaida salud, y pudo observar la situacion de todo el pais, y oír la verdad de boca de sus amigos, entónces fué cuando conoció lo enorme del crimen que habia cometido el soldado, que ambicioso sin medida, aspiraba acaso á un triunfo todavía mayor que el que habia conseguido del modo más torpe, sobre una dama demasiado confiada, sobre una señora, y sobre una Reina, que desde el polvo le habia elevado á la cumbre de la fortuna. No le fué difícil á un político, que tan buenos ojos tenia para vaticinar por el presente el porvenir, anunciar como muy próximo el dia de la espacion y este dia llegó, porque era preciso que llegase.

Su salud se encontraba ya muy quebrantada; sus dolencias crónicas se agravaban por momentos; la estacion rigurosa del invierno hacia desconfiar de su vida á los facultativos que le asistian; y si bien el clima benigno del Portugal, para donde fué nombrado enviado extraordinario y ministro plenipotenciario, hubiera podido prolongar sus dias, era ya muy tarde para emprender este viage. Su enfermedad se declaró una hidropesía eficaz, que precipitadamente le arrastraba al sepulcro.

Aquí tenemos ya que considerar, no al gran político, sino al filósofo cristiano que humildemente se resigna á los decretos de la Providencia. Ni una sola queja salió de sus labios en todo el curso de una enfermedad dolorosa. «Aquí es, me dijo un dia, donde vienen á estrellarse todas las ambiciones, todos los proyectos de engrandecimiento. Si en este gran libro leyésemos cada dia un solo cuarto de hora, raros serian los grandes crímenes, y ménos desgraciada la especie humana.» Ni podia hablar de otro modo el filósofo que no olvidó nunca los principios de su religion, aunque de aquella religion sana, depurada de los vicios con que la han afeado el fanatismo y la supersticion, el escepticismo y una ciega credulidad. Confesó edificando al sacerdote; recibió los Santos Sacramentos con ánimo sereno; quedóse por un largo rato solo con su Dios, y despues habló tranquilamente con sus amigos, que no le abandonaron hasta la última hora, y con su familia, que nunca podrá con-

solarse de haber perdido en él un padre cariñoso, un amigo constante y un generoso bienhechor. Así murió este hombre eminente, pobre después de una vida tan laboriosa; pero amado de todos los que han tenido la dicha de tratarle y hasta de sus mismos servidores. Séale la tierra ligera. (Heraldo.)

**H**a fallecido en esta corte el día 23 de febrero el Sr. D. Mariano Valero y Arteta. Nació en Madrid el día 16 de julio de 1788. Esta pérdida es irreparable para su familia y altamente sensible para sus amigos particulares y políticos. La causa de su fallecimiento se atribuye principalmente á los sufrimientos morales y físicos que experimentó en las ocurrencias de octubre de 1841 que menoscabaron su salud de una manera visible y dolorosa. Entónces fué preso y conducido á San Sebastian con otros ilustres personajes á quienes se persiguió por ser partidarios de S. M. la Reina Madre y defensores del trono de su augusta Hija; de modo que esta desgracia puede considerarse como efecto de los injustos procedimientos y tropelías que padeció su persona, sin que pudiera escudarle la calidad de senador que entonces era por la provincia de Albacete.

Desde muy joven se dedicó al servicio del Estado habiendo ocupado después destinos de importancia en la carrera administrativa. Siempre combatió en las filas de los liberales, y esta constancia en su opinion y teson en defenderla, causó la decadencia de su fortuna privada, pingüe en otro tiempo, pero destruida por sus desgracias. En 1814 fué desterrado á Valladolid por sus conocidas convicciones. Permaneció retirado de la escena política hasta el año de 1820 en que volvió á ella cuando volvió la libertad á su país: nombrado secretario del gobierno político de Madrid y después oficial del ministerio de la Gobernacion de la Península, siguió al gobierno constitucional á Cádiz en 1823 hasta que restablecido el poder absoluto, fijó su residencia en Almería en cuya ciudad cuando el desembarco de Iglesias y sus compañeros en 1824 con objeto de restablecer la Constitucion, fué preso y conducido á Granada, donde se le tuvo ocho meses esperando en algunos momentos la muerte con que le amenazaba el populacho al pasar por las poblaciones del tránsito. Vuelto á Almería, se le desterró otras varias veces, siendo el blanco de la persecucion de las autoridades de aquel tiempo que no ignoraban sus antecedentes.

Nunca se humilló á pedir su purificacion, y permaneció los once años ausente de su casa y familia. Al encargarse de la direccion del Estado la augusta Reina Gobernadora regresó de su destierro como comprendido en la amnistia y fué nombrado sucesivamente subdelegado de fomento de Lérida, Castellon de la Plana y Almería. Derrocóle de este último destino el pronunciamiento de 1835, pues como autoridad no quiso ceder á las exigencias injustas que se hicieron, aplicándole el epíteto de «retrógrado» por los mismos que le vieron con grillos y preso el año de 1824, y aun entre ellos alguno de los que en otra ocasion lo prendieron: conservó mientras pudo la dignidad del gobierno y cedió solo á la fuerza material.

En 1836 fué gobernador civil de Madrid y cesó por la revolucion de la Granja vuelto el poder á sus amigos políticos, obtuvo una plaza de gefe

de seccion del ministerio de la Gobernacion de la Península, de cuya destino hizo dimision por no querer reconocer la junta revolucionaria que produjo el motin de 1.º de setiembre de 1840. Por esta época se le nombró senador por Albacete y en 1841 marchó á las provincias Vascongadas. En octubre de dicho año, al refugiarse á Francia á consecuencia de los acontecimientos de Bilbao, se le prendió y llevó á San Sebastian de donde fué reclamado por el general Zubizar: se evadió cumplir esta reclamacion por la firmeza de la autoridad militar de Guipúzcoa, con lo que se evitó sin duda el que fuese ejecutado como otros desgraciados complicados en aquel movimiento.

Apesar de haber desempeñado destinos de tan grande importancia, y á pesar de saberse de público la buena fortuna particular que en otro tiempo tuvo, ha fallecido pobre, pero con la satisfaccion de un hombre de bien, con el cariño de sus amigos particulares, con el respeto á su memoria de sus correligionarios políticos, y con la misma fe en sus principios que la que siempre tuvo. Ansiaba el regreso de S. M. la Reina Madre y no ha podido cumplir su deseo de felicitarla. Nosotros que le profesábamos considerables simpatías no podemos menos de lamentar esta pérdida que priva á la patria de un buen ciudadano y de un honrado padre de familia. Deja dos hijos: uno que fué redactor del antiguo periódico *el Mundo*, reside en Filipinas, el otro defiende tambien nuestros principios y pertenece al partido nacional que sostiene la causa del trono y del orden público.

El mencionado Sr. D. Mariano Valero y Arteta estaba condecorado con la cruz pensionada de la real y distinguida orden de Carlos III, con la de comendador de Isabel la Católica, con la de la *defensa de Cádiz* en 1823. Era del consejo de S. M.: su secretario con ejercicio de decretos: comisario honorario de Guerra: socio de algunas sociedades económicas de amigos del pais, y por último jubilado en su clase de gefe de seccion del ministerio de la Gobernacion de la Península. Séale la tierra ligera. (Heraldo.)

---

## LITERATURA.

---

Quando tenemos la pluma en la mano para publicar las observaciones que nos ha sugerido la lectura del tomo primero de las importantísimas *Memorias* que acaba de dar á luz el Sr. marques de Miraflores, recibimos un artículo perfectamente escrito y razonado, produccion de una de nuestras primeras notabilidades literarias y con cuyo contenido estamos enteramente conformes. No queremos por lo tanto mostrarnos tan audaces que aspiremos á competir con tan aventajado escritor y puesto que en el mencionado artículo se examina, aunque rápidamente, la obra del señor marques, nos reservaremos el examinarla en su conjunto cuando se haya publicado el tomo segundo y último, que está ya en prensa. Entre tanto no podemos menos de unir nuestra voz á la del autor del artículo para felicitar al señor marques de Miraflores por su interesantísima é importante obra, con la cual ha aumen-

tado su buen nombre y adquirido nuevos títulos á la consideracion y aprecio de sus conciudadanos. He aquí el artículo á que nos referimos:

**MEMORIAS PARA ESCRIBIR LA HISTORIA CONTEMPORÁNEA DE LOS SIETE PRIMEROS AÑOS DEL REINADO DE ISABEL II.**

(*Dos gruesos volúmenes en cuarto mayor. Librería de Sojo.*)

Con este título acaba de publicar el Sr. marques de Miraflores una obra de mucho trabajo y de excelente plan, que llamará sin duda la atención dentro y fuera de España, no solo por la interesante materia de su argumento, sino aun mas por la veracidad incorruptible del escritor, cuyos labios jamas se mancillaron con la adulacion á reyes ni á pueblos, y en cuya pluma severa, pero no amarga, se retrata la fiel imágen de su conciencia.

Comprenden estas *Memorias* un período no ilustrado hasta ahora, desde la muerte de Fernando VII hasta el convenio de Vergara, y van acompañadas de documentos justificativos, cuya reunion sola es ya un inmenso beneficio para la historia. A esto precede un magnífico prólogo que nos atreveríamos á decir que es lo mejor de la obra, lleno de consideraciones profundas sobre los sucesos anteriores á la época que el autor describe, y cuya esplicacion necesitaba enlazar con la nueva era que comenzó á la muerte del último monarca.

Fernando VII, segun la espresion feliz del autor, llevó consigo al panteon del Escorial el prestigio de la corona; prestigio nunca visto en los reyes de su familia, aumentado con las esperanzas de la nacion en su advenimiento al trono, y santificado con la inocencia de su cautividad bajo la diestra de un pérfido usurpador. De sus manos pasó el cetro á la cuna de una niña, y la gobernacion del reino á una madre tan leal como las Marías y Berenguelas, pero á quien cupo ser guardadora del solio de Castilla en tiempos mas azarosos, que reclamaban no solo la dulzura de carácter en el trono, sino tambien la energía de un brazo poderoso, porque las pasiones encadenadas antes por la voluntad y la fuerza de Fernando VII, se agitaban y hervian en las primicias de un reinado de menor edad. Por otra parte un príncipe de la sangre pretendia á todo trance suceder á su hermano; el partido realista, convertido ahora en carlista, pugnaba por no desasirse del mando, y el liberal se movia, cierto de la necesidad que se tenia en su auxilio, y ansioso de arrebatar el poder á sus eternos enemigos y perseguidores. En este estado de conmocion general que henchia por momentos, de tenacidad en los unos, de esperanzas en los otros, y de efervescencia en todos, ¿era dado sostener la inaccion y rutina antigua, mirar con los brazos cruzados el drama que se representaba, arrastrarse tras los sucesos y no dominarlos?

El autor dice que no, y con harta razon. En su dictámen era menester hacer mucho, obrar aprisa, satisfacer exigencias justas, y al mismo tiempo anunciar el término que no se permitiria traspasar y sostenerse con firmeza en sus linderos. Si á pesar de todo el gobierno sucumbia, hubiera sido con honra y en lucha gloriosa dejando buena memoria de un celo noble, aunque malogrado. Mas contentarse con actos mezquinos ante el movimiento general de la nacion, hacer concesiones despues de haberlas pedido cien veces el grito amenazador de los partidos, y hacerlas lenta y separadamente, y no con brio

y de una vez, era trasladar el poder de manos del gobierno al campo alborotado de las facciones sin esperanza de volverle á recobrar.

Esta situacion angustiosa la pinta el autor con sentidas palabras en su carta á S. M. la Reina Gobernadora de 15 de noviembre de 1833, en la cual despues de haber enumerado los males que afligian á la nacion, concluia: «Todos estos hechos constituyen la opinion pública en la ansiedad y aun en la efervescencia mas terrible; y ellos pudieran por desgracia conducir á la exasperacion; y esta á un movimiento popular funesto, verdadero desacato á los respetos de V. M., que minaria el trono y conmoviera los cimientos del edificio social.» El éxito comprobó el vaticinio. Arreció el viento de las pasiones, y la nave del Estado, combatida por todos lados, corria incierta y zozobrando, sin rumbo ni gobernalle para llegar á puerto de salvacion. ¿Se hubiera impedido ó calmado la tempestad con las medidas que el autor proponia, consignadas en sus *Memorias*? ¿Hubiera sido bastante feliz en plantear y afirmar su sistema de gobierno? Nosotros no lo sabemos: á veces en las revoluciones las circunstancias estraordinarias y la gravedad misma del peligro aumentan el talento y esfuerzan el ánimo de un hombre de bien que se consagra al servicio de su patria, y de esta clase es el marques de Miraflores. Mas tambien los males extremos de una nacion se describen mejor que no se señala su remedio, y entonces no se trataba solamente de satisfacer deseos justos, sino de enfrenar pasiones bastardas; en una palabra, de domar una revolucion entera. Intentarlo era de alma noble y generosa: perecer en la demanda era el colmo del sacrificio de un hombre honrado.

Sea como fuere, la revolucion siguió adelante desapareciendo toda sombra de gobierno por la timidez de muchos y la osadía de pocos. El marques entretanto, resignado á no figurar en la escena política, cuyos estravíos no podía evitar ni era llamado á contener, aceptó la embajada de Lóndres en circunstancias las mas espinosas que pueden imaginarse, y que hace conocer la simple relacion de los hechos que en su obra se refieren. El pensamiento que tuvo desde luego por inspiracion propia suya y no sugerido de nadie, pensamiento tan grande en su concepcion como coronado de buen suceso, fué enlazar la política de los gabinetes de Lóndres y de Paris con el sostenimiento del trono de Isabel II, de manera que no hubiese lugar á retroceso, y presentar en adelante á los ojos de las naciones estrañeras al ex-infante D. Carlos con la nota de verdadero rebelde y usurpador. Sus votos fueron cumplidos mas allá de sus esperanzas. El tratado de la cuádrupla alianza fué el acto mas memorable de aquella época, el mas feliz y rápido en su ejecucion, y el mas fecundo en resultados. De esta negociacion llevada á venturoso término con tan buenos auspicios, cabe la iniciativa y su mayor parte al marques de Miraflores, cuya lealtad y consagracion al trono de su Reina apreciaron entonces la Inglaterra y la Francia, cuya conducta hábil admiró la nacion al circular la noticia por los ámbitos de la Península, y cuya gloria, si intentase menguarla por algun tiempo la envidia ó la saña de los partidos, se la atribuirá toda la imparcial posteridad, señalándole como uno de los mas firmes y decididos sostenedores de la dinastía reinante. Desde aquel dia fué imposible el triunfo de D. Carlos, porque creció el entusiasmo de la nacion, perdió su fuerza moral el bando opuesto, y las naciones aliadas se consideraron comprometidas á que no fuese vano el empeño que acababan de contraer. Lo demás que siguió á este hecho que descuella sobre todos, puede mirarse como consecuencia de la grande confederacion de cuatro potencias europeas, mas ó

ménos interesadas en el tratado, pero cuya fuerza reunida venia á poner el sello á la ley inmemorial de España sobre la sucesion de las hembras al trono de san Fernando.

Para no alargar demasiado este artículo, dejemos de seguir al autor en sus *Memorias* hasta el convenio de Vergara. Bástenos haber apuntado los dos hechos mas principales que resaltan en ellas, á saber, lo que sentia el marques de las cosas públicas en el advenimiento de Isabel II, y el tratado de la cuádrupla alianza. Lo primero era fruto de sus opiniones particulares, siempre respetables cuando se manifiestan con candor, y mucho mas no habiendo producido ningun daño porque no llegaron á ensayarse: lo segundo le acredita de hombre de estado, hábil, puro, sincero, que reúne las dotes singulares, tan raras en estos tiempos, del talento y de la honradez. Y ese lauro del tratado de la cuádrupla alianza de que el marques de Miraflores debe envanecerse con justicia, no dudamos añadir que es el mayor timbre y ejemplo que puede legar á su familia, porque de cada dia aparecerá mas grande, y llegará á su colmo cuando á la historia contemporánea circunde el ambiente apacible de la imparcialidad y de la justicia, y no la atmósfera de pasiones ágras cuyos juicios borra el tiempo, y nunca son confirmados por la posteridad.—M. S. *(Heraldo.)*

## Las poesías de Horacio,

*traducidas en versos castellanos, con comentarios mitológicos, históricos y filológicos, por D. JAVIER DE BÚRGOS. Segunda edicion, refundida y considerablemente aumentada.*

Al examinar con alguna atencion la historia de las diferentes literaturas, que por su importancia y grandeza han sobrenadado, por decirlo asi, en el naufragio de los siglos, se ofrece naturalmente á la consideracion del crítico un hecho grave, profundo, y que por lo mismo merece ser estudiado bajo todos sus aspectos, á saber: que los períodos de su mayor elevacion, aquellos en que la literatura y las artes han brillado con un esplendor mas puro, creando esas obras inmortales que han quedado como faros para alumbrar los siglos posteriores, son precisamente aquellas épocas, cortas y raras por desgracia, en que el artista y el escritor se halla tan profundamente convencido de las verdades religiosas y morales de su siglo, que juzgando innecesario toda clase de exámen, se entrega confiado, con el alma llena de emocion y de entusiasmo, á pintar lo que siente, seguro de que sus sensaciones encontrarán eco en el corazon de aquellos á quienes se dirige. Cuando Tasso escribió su inmortal epopeya, debia estar seguro de que los cantos fervientes de su musa agitarian en lo mas intimo del alma á una generacion eminentemente católica, y que las proezas de sus héroes y el interes que escitan sus admirables narraciones durarian tanto como el sentimiento sublime y piadoso

que las habia dictado. En la Atalia de Racine se confunde tambien la fe del cristiano con la inspiracion del poeta; los sentimientos calurosos del alma escitan y conmueven la fantasía, y parece que el genio no tiene mas trabajo que el de encontrar una expresion adecuada y digna para trasladar á los demas sus sublimes inspiraciones. A esta unidád de creencias, á esa tranquilidad que inspira al alma la posesion completa en que cree estar de la verdad moral y religiosa, se debe esa feliz armonía entre la forma y el fondo que distingue á las literaturas clásicas.

Esta observacion, que á primera vista parece únicamente aplicable á las obras inspiradas por el sentimiento cristiano, tiene la misma fuerza respecto de las que han tenido su origen en las demas religiones, y se aplica con especialidad á la literatura gentil, que con tanta gloria se produjo al mundo en las innumerables obras que han eternizado su nombre. El paganismo fué para los grandes escritores del mundo romano un manantial inagotable de elevadas y purísimas inspiraciones, que atravesando muchos siglos de barbarie, y contribuyendo á disipar las densas tinieblas que envolvieron á la Europa al desplomarse aquel colosal imperio, derraman todavía una vivísima luz sobre el orbe literario, y le preservan tal vez de la corrupcion absoluta del gusto con el influjo saludable que ejerce el estudio de sus reglas y de sus modelos.

Pero esto no hubiera podido suceder, si las creencias gentílicas hubiesen presentado el cúmulo de ridiculeces que parecian resaltar en sus hechos y doctrinas y, si fuese verdad, como quedó asentado por mucho tiempo, que la religion pagana viciaba el corazon santificando malos ejemplos, humillaba el espíritu consagrando tradiciones absurdas y corrompia la sociedad por la licencia que autorizaba en las costumbres.

Al examinar el señor Búrgos esta cuestion en el escelente prólogo de su obra; demuestra que la mayor parte de las fábulas mitológicas tenían un sentido diferente del que á primera vista presentaban. Hablando de estas creencias, y tratando de desvanecer los errores que sobre sus principios y verdadero objeto habian cundido y arraigádose durante muchos siglos, hace el traductor las observaciones siguientes que creeríamos debilitar si no las presentásemos íntegras á nuestros lectores.

«Durante muchos siglos fueron acatados en todos los pueblos de la tierra; y no porque desapareciesen al soplo de los dogmas mas sublimes y puros de la religion del Salvador, se debe reputar absurda la que por mil y quinientos años profesó el mundo entero, la que profesaron Sócrates, Platon y Aristóteles, Xenofonte, Tucídides y Polibio, Salustio, Ciceron y Séneca, Tito, Marco Aureli y Trajano, y otra multitud de personages, que á intervalos descollaron en aquel largo período, por grandes talentos ó por eminentes virtudes. ¿Puede suponerse que tantos hombres superiores creyesen que el primero de los númenes de su Olimpo se trasformaba alteruativa ó sucesivamente en toro, en cisne ó en lluvia de oro, para corromper castas vírgenes ó respetables matronas? ¿Puede creerse borrado ó estinguido el instinto del pudor hasta el punto de que cincuenta ó mas generaciones adorasen á dioses manchados con robos, adulterios, incestos, y con todo linage de crímenes? De estas consideraciones se infiere naturalmente, que las aventuras de los dioses y de los héroes del paganismo, no son siempre hechos materiales, ni dan lugar por consiguiente á las deducciones que de ellas se desprenderian, si como hechos hubiesen de considerarse.»

Así explica el señor Búrgos la contradiccion en que forzosamente han in-

currido, los que, al tributar un culto entusiasta, que á veces rayaba en idolá-  
tra, á las obras de los grandes autores de la gentilidad, no reparaban en der-  
ramar á manos llenas el ridículo, y en achacar todo linage de extravagancias  
y errores, á las creencias religiosas que los habian inspirado. Las instructivas  
y eruditísimas notas que profusamente acompañan á la traduccion de Hora-  
cio hecha por el señor Búrgos, forman un tratado completo y filosófico de  
mitología, que bastaria por sí solo para justificar la importancia literaria que  
tuvo esta obra desde su primera aparicion y el renombre que conquistó en  
el mundo literario al que con tanto acierto habia sabido vencer las inmensas  
dificultades de que estaba rodeada la version completa del príncipe de los lí-  
ricos latinos.

Cuando el señor Búrgos publicó su primera traduccion de Horacio en los  
años de 1820 á 1823, fué acogida con universal aprecio por los inteligentes, y  
con avidez por la juventud estudiosa que ansiaba poseer una version esmerada  
del poeta inmortal cuyo testo le ofrecia tantas dificultades.

Algunos críticos, quizás sobrado descontentadizos, hicieron tal cual obser-  
vacion aislada sobre este ó aquel pasage de la version; pero no se creyó en  
aquella época, ni en los veinte años desde entonces transcurridos, que pudiera  
mejorarse notablemente aquel trabajo; y sin embargo el señor Búrgos asegura  
en el prólogo de esta segunda edicion que es *una obra enteramente nueva*.  
«De las ciento y veinte odas que forman la coleccion de nuestro poeta, hay  
treinta á lo menos, de que presento á mis lectores una traduccion enteramen-  
te nueva; otras tantas en que apenas ha quedado una ú otra de las antiguas; y  
de las sesenta odas restantes, no hay una sola en que no haya hecho mas ó  
menos importantes correcciones.»

Tratando nosotros de examinar por medio de la comparacion de ambas  
obras el valor de estas alteraciones, hemos elegido la *profecía de Neréo*, una  
de las mejores obras del lírico latino y muy conocida en la literatura española  
por la bellísima imitacion que de ella hizo nuestro inmortal Fr. Luis de Leon,  
en su célebre, y en muchos pasages superior á su modelo, *profecía del Tajo*.  
Vamos á analizar algunas estrofas del original y de las dos traducciones.

Pastor cum traheret per freta navibus

Idæis Hælenam perfidus hospitam,

Ingrato celeres obruit otio

Ventos, ut caneret færa

Nereus fata.

Decia así la primera traduccion:

«Iba en bajel ideo

Con su huésped Helena el mar surcando

El pérfido pastor, cuando Nereo,

El viento encadenando,

Que al piélago agitara,

Así al raptor sus hados anunciara.»

Desde luego se nota que en estos versos, á pesar de su bondad, se  
ha despojado al original de su colorido poético: las palabras *perfidus*  
*hospitam* empleadas por el autor para pintar el crimen del raptor Pa-  
ris, faltan enteramente en la traduccion, así como el *traheret*, que sig-  
nifica *llevar robada*, no está suficientemente espresada por los versos

(concluido) Iba en bajel ideo

Con su huésped Helena el mar surcando,  
 los cuales solo ofrecen una idea vaga y sin calificación determinada.  
 Tampoco es muy feliz el uso de los imperfectos subjuntivos con que  
 acaban los dos últimos versos. Estos defectos desaparecen en la primera  
 estancia de la nueva traducción, cuyo giro además es infinitamente  
 superior en movimiento y gallardía.

«Con su robada Helena,  
 Pérfido huésped en bajel ideo  
 Surca los mares. Súbito encadena  
 Poderoso Neréo  
 Los vientos desatados,  
 Y anuncia así al raptor sus tristes hados.»

«Mala ducis avi domum,  
 Quam multo repetet Græcia milite,  
 Conjurata tuas rumpere nuptias,  
 Et regnum Priami vetus.»

**Primera traducción:**

«En mal punto á esa hermosa  
 Conduc's á Ilión. La Grecia presto  
 Requerirá en hueste poderosa,  
 Tu himeneo funesto  
 Rompiendo, y en su encono  
 De Troya antigua hundiendo el rico trono.»

El *en mal punto á esa hermosa* es una bellísima frase de la *Profecía del Tajo*; pero que está deslucida por el uso del pronombre enclítico de la palabra con que principia el tercer verso, que es indudablemente durísimo. ¡Cuánto mejor nos parece la segunda traducción!

«Con auspicios funestos  
 Llevas á esa muger, que Grecia toda  
 Requerirá con bélicos aprestos,  
 Pronta á romper tu boda,  
 Y resuelta en su encono  
 A hundir de Troya antiguo el rico trono.»

Por esta breve muestra que hemos elegido á la ventura y que tal vez recae en un pasaje de los que hayan sufrido alteraciones ménos importantes, conocerán nuestros lectores la inmensa diferencia que separa esta obra de la anterior, y las ventajas que le lleva en exactitud, pureza y gallardía de estilo. El señor Búrgos, á quien tan familiares son todas las formas de nuestra poesía, y todos los recursos del idioma castellano, ha procedido con un tino especial en acomodar los diversos metros de que se vale usando del romance, ya de siete, ya de ocho sílabas para los tonos ligeros, y variando las medidas según el carácter y significación de los sentimientos que describe. Tanto por estas cualidades, como por la fidelidad y esmero de la versión, y por la maestría con que están vencidas las inmensas dificultades que ofrece, puede considerarse esta obra como uno de los monumentos que honran más á la poesía y á la literatura española.

A S. M. LA REINA MADRE  
**DOÑA MARÍA CRISTINA,**

*en su feliz regreso á España.*

Hoy, tras silencio largo  
en que apagó la inspiracion su llama  
de la civil discordia al soplo ardiente,  
como rompiendo el dique del letargo  
en nuevos cantos su raudal derrama  
de los vates el estro renaciente.  
Despierta el ego adormecido y mudo  
de la elegante bóveda sonora:  
desciñe su morrión Marte sañudo:  
renace el arte en su brillante aurora.

El ceño desarruga  
la noble musa al escribir la historia,  
y con la oliva de la paz se enjuga  
el sangriento laurel de la victoria.

Con las dispersas nubes del invierno  
huye del bronce asolador el humo  
en ráfagas volantes;  
cesó la rebelión!... A Dios eterno  
sube el incienso, y á su trono sumo  
alzan los templos cánticos vibrantes!

Arrollan sus pendones  
de la salvada España las legiones,  
y el lienzo temblador de rojo y gualda  
que matizó del campo la esmeralda.

Hoy la civil discordia  
el último suspiro ahogada lanza,  
y de la ansiada fraternal concordia  
vos sois, noble Señora, la esperanza.  
Vos sola, à quien la España en su honda pena  
miraba allá en las márgenes del Sena  
como la estrella fiel de su ventura:  
vos, à quien hoy la corte de Castilla  
mira del Manzanares en la orilla  
como de paz y union prenda segura!

Mirad esas legiones animosas  
que cruzan de la Iberia las regiones  
entonando sus himnos de victoria:

al trono de Isabel corren ansiosas,  
para saber dónde hay mas rebeliones  
que enterrar en los campos de la gloria!

Vedlas allá marchando  
las tropas españolas,  
al viento desplegando  
las rojas banderolas,  
sus líneas undulando  
como del mar las olas!  
De polvo blanqueados  
los rostros denegridos,  
alegres los soldados,  
no de marchar cansados,  
como jamás vencidos!  
Sol claro hoy ilumina  
la espléndida revista  
del llano á la colina,  
que clava en vos la vista:  
y es grito de conquista  
el nombre de *Cristina*!  
Un cuerpo solamente  
que ocupa monte y llanos  
hoy forma ese valiente  
ejército de hermanos;  
coloso omnipotente  
todo alma, todo manos!

Sus nobles juramentos  
repiten hoy los zumbadores vientos:  
y el triunfador coloso  
impaciente se agita en su reposo!

¡Ah, cuán heroicos hechos,  
por vos que sois su ídolo, movidos,  
puede engendrar el fuego de esos pechos!

Mas ay, si por el odio dirigidos  
sus poderosos brazos se agitaran  
y el trono de cadáveres cercaran!....  
Así cuando el destino de la Fuerza  
trueca enemiga suerte,  
hace que un falso norte el rumbo tuerza,  
y el bien en grave daño se convierte:  
la nube que da el agua al campo enjuto  
aborta entonces fuego, incendio y luto!

Mas nó: que vuestra mano, oh madre cara,  
solo obras de piedad á España ofrece:  
ni habrá rencor cuando la antorcha clara  
de la Fe que ilumina el vasto mundo

por vos con nuevo brillo resplandece  
sobre este suelo en la piedad fecundo.  
Los mismos que enconados ofendieron  
el limpio honor del áspero soldado,  
que en pedestal sangriento enaltecieron  
al Dios de la venganza despiadado  
cegando su razón enojo ardiente,  
hoy al acento de Cristina sola  
le arrastrarán, sin pena ni suspiro,  
como á la voz de un ángel obediente  
de sus caballos á la crespada cola  
sus dioses arrastraba Uladimiro.

Ah! no haya mas en el confin de España  
que alza por vos alegre clamoreo  
hijos y esposas que inocentes giman!  
no manchen nó de varonil hazaña  
gotas de sangre el fúlgido trofeo,  
ni corran llantos que al vencido opriman!  
No haya mas vencedores ni vencidos,  
y á los ecos de júbilo y victoria  
no se mezclen funestos alaridos,  
que donde no hay perdon breve es la gloria.  
Cual vago sueño el triunfo se deshace  
que el llanto amargo del opreso irrita,  
pues como toda flor que en sangre nace  
la flor de la venganza se marchita.

Mandad esas legiones  
de fuertes escuadrones  
y ligeros infantes  
del Sur á las arenas humeantes!

Del Africa en la entraña  
claven la enseña de la madre España:  
y del desierto en las llanuras sordas  
tiemblen de horror las marroquinas hordas!

Ruja á vuestra señal el leon sañudo;  
vereis sus hijos acudir á miles,  
hacer al trono con su pecho escudo,  
y erizarse las cumbres de fusiles.  
Y les vereis á vuestra voz, Señora,  
las mieses y el hogar abandonando,  
trepar la sierra, sorprender la aurora,  
y el mar salobre atravesar nadando!.....  
milagro de la fe con que os adora.

Pero á la hija de Fernando augusta  
no llegue del cañon el ronco estruendó!

no tuerza el fiel de su balanza justa  
Témis, de Palas el furor temiendo.

Huyan distantes, de la fuerza airada  
la mortífera saña, el ciego encono;  
bastan Justicia y Religion sagrada,  
sobra la sangre al cimentar un trono!

Asista al brazo de Isabel Segunda  
vuestra santa piedad, noble Cristina,  
porque al poder que en la piedad se funda  
el mismo Dios la senda le ilumina.

Y cuando mire el Sempiterno Padre  
que colocais entre sus manos tiernas  
con el cariño de la tierna madre  
de la verdad las páginas eternas,

¡Apíadado por fin de nuestro duelo,  
cuatro Sagradas Vírgenes creando  
hará que bajen del empíreo cielo  
el sòlio á custodiar de San Fernando!

Y vendrà la Justicia reflexiva,  
Prudencia y Fortaleza, recatadas,  
Templanza prevenida y compasiva...  
todas de claros astros coronadas!

De lucha odiosa y fratricida en truequ  
el pueblo Ibero alcanzará reposo:  
no habrá discordia que carcoma y seque  
de artes y ciencias el laurel glorioso.

Crecerà de la paz la hermosa oliva  
sobre el dósel, y le dará su sombra:  
ni habrá serpiente que se atreva altiva  
al pie que huella rosas por alfombra.

Que cuando la piedad un trono alumbra,  
el monarca que en él está sentado  
tanto la vista popular se encumbra  
que de ángles parece rodeado!

*Pedro de Madrazo*

(Heraldo.)

*F. Guasp editor. — Imprenta nacional.*